

rador martirizó á San Teodoro; y los paganos de la Siria, sostenidos por la voluntad imperial, se levantaron contra los cristianos, desenterraron los muertos y cometieron atrocidades contra los vivos. "Se arrastran, dicen los historiadores de aquel tiempo, los cuerpos despedazados por las calles: los cocineros pican á las víctimas con los azadores, y las mujeres con sus ruecas: las entrañas de los sacerdotes eran devoradas por aquellos caníbales, ó eran arrojadas á los puercos. Algunos siervos de Cristo fueron degollados sobre los altares de los dioses."¹ A pesar de esto, ese apóstata perseguidor ha encontrado gracia en nuestro siglo, y la elocuencia, la historia y la filosofía, han rivalizado en sus esfuerzos para rehabilitarlo. Pero Dios esperaba al apóstata. Mientras que hinchado de orgullo con los sucesos militares marchaba ardoroso contra los persas, bajo un sistema de persecucion vasto y bien combinado, el retórico Libanio, su favorito, enorgullecido con la prosperidad de su soberano, insultó vilmente á un cristiano de Antioquía con esta frase insolente: "¿Qué hace hoy el hijo del carpintero?"—"Un *ataud*," respondió el cristiano. En aquel mismo momento Juliano, alcanzado y herido por la jabelina de un persa, recibia su sangre en sus manos, y dirigiéndose al cielo, exclamaba: "Me haz vencido, Galileo!"²

La fuerza intelectual humana habia librado su defensa á la espada, y conforme á la palabra de Jesucristo, ella debia perecer bajo el filo de la espada. Los cristianos, despues de una lucha tan larga y encarnizada, y sin otras armas que la cruz, triunfantes y en pié, cantaron el himno de la victoria. ¡Cielos y tierra! prestad vuestros oidos al ruido que hace la caída del perseguidor! El Señor aplastó la cabeza del impío. Y tú, oh Juliano, que nos habias prohibido el uso de la palabra, ¿cómo es que yaces en el silencio de la tumba?"³

¹ Zozomeno, 1. 5.—Teodoreto, 1. 9.—San Gregorio Nacianceno, or. 9.

² Zozomeno, *Historia eclesiástica*.

³ San Gregorio Nacianceno. Or. contra Juliano.

CAPITULO XXIII.

Luchas de la Cruz contra la fuerza sensual.

La cruz, empero, hacia frente á la vez á muchos adversarios. En el terrible combate contra las fuerzas intelectual y material, bajo el mismo estandarte y con designios no menos hostiles, se avanzaba la fuerza sensual, á quienes aquellas fuerzas no solo tenian por aliada, sino por activo agente, que las estimulaba, prestándolas todo su concurso. Todos sabemos por esperiencia propia, cuál es el poder de la fuerza de los sentidos y con qué violencia arrastra la voluntad. Los sabios se habian lamentado de sufrir esa terrible influencia; y el mismo San Pablo se quejaba de las escitaciones del aguijon de la carne, de esa ley del mal, que en sus miembros, combatia contra la ley del espíritu. Y si las pasiones carnales, aunque combatidas, ejercen sobre nosotros tan funesto imperio, ¿qué vendrán á ser esas pasiones cuando las naciones y todo se pone de comun acuerdo para exaltarlas; cuando la religion, la filosofía, las artes, las instituciones y el ejemplo las fomentan á porfia? Nada es mas cierto, sin embargo, que tal era la situacion del antiguo mundo. Adorar á un Júpiter adúltero, á un Mercurio ladron, á una Vénus prostituida; adorar todos los vicios, aun los mas infames, bajo los nombres de otros dioses; creer se cumplia con un deber religioso entregándose á los mas abominables escesos de las bacanales, de las lupercales, y de los misterios secretos; ser libre, por otra parte, para escoger entre los sistemas de Epicuro, de Diógenes ó de Pirro; asistir á los monstruosos espectáculos, donde la sangre se mezclaba con la crápula; tener sin cesar delante de los ojos pinturas lascivas y esculturas obscenas; nutrirse los espíritus con doctrinas perversas, y

saturarse los corazones con poesías licenciosas; vivir, en una palabra, en la hoguera de la mas ardiente corrupcion sin exhalar sus fuegos, ¿no seria un prodigio mayor que el arrojar-se en un horno sin ser devorado por las llamas? Así fué que los paganos cayeron en los mas monstruosos desarreglos. En este punto histórico á que hemos llegado, en que el Estado social estaba desprovisto de autoridad moral, sus funestas consecuencias debian desarrollarse en toda su estension; en esa época en que la libertad se encontraba sin freno y sin guía, debia trasformarse en una espantosa licencia, y los hombres, hundidos hasta el fondo del vicio, deberian revolcarse en él, con la misma voluptuosidad que los animales inmundos en el fango.

Para formarse una idea un poco exacta de la depravacion de aquel tiempo es necesario leer lo que han escrito los testigos de vista, recorrer las obras de Tácito, de Juvenal, de Marcial, de Petronio; de Suetonio, de Ovidio, de Luciano, de Apuleo, de Atheneo y de los demas autores contemporáneos que entran en algunos detalles de las costumbres. Ese vasto coloso, que con su brazo fuerte habia subyugado á todas las naciones, el imperio romano, hecho presa de soberanos feroces, innobles é insensatos, se consumia en la podredumbre. Tiberio, el inventor de las *sellarii* y de las *spinthria*, encontró que el senado y el pueblo le aventajaban en corrupcion: Neron celebraba sus nupcias con el liberto Pytágoras, Heliogábalo con Hierocles: Messalino volvia fatigado de las embriagueces, pero nunca saciado: Vitelio husmeaba con voluptuosidad el cadáver de su enemigo: Calígula, Claudio, Domiciano, Consmodo, Caracalla azoraban al mundo con sus insensatas torpezas y sus negros furoros: el mismo sabio Marco Aurelio condecoraba á la infame Faustina con el título de madre de los campos y de los ejércitos. Adriano erigió altares á su Antinoiis. Y no se diga que aquellas eran aberraciones individuales y aisladas; las costumbres públicas no cedian en corrupcion á las costumbres imperiales. Oigamos á Séneca:

ca: “¿Existe, esclama, en el dia el menor pudor hácia el adulterio? La castidad no ha venido á ser sino prueba de deformidad. ¿Qué mujer se sonroja de divorciarse? Por el número de sus maridos, ciertas ilustres matronas, cuentan el número de sus años. Los registros públicos están llenos de actas de divorcio.”¹ Cayendo en desprecio el matrimonio, se hacia necesario que las leyes reprimiesen con severidad los escesos de un celibato licencioso; pero no era así, y se escuchaba sin rubor á los escritores, poetas y filósofos amados, discutir sobre que los vicios contra la naturaleza encerraban lo mas sensual y voluptuoso. Renegando del pudor propio del sexo, desafiaban las mujeres la licencia de los hombres; y los templos que debieron servir al menos de asilo á la virtud, no fueron sino antros de prostitucion.

¿Pero quién podrá reseñar los horrores de aquellas orgías en las que el hombre sepultaba su cuerpo y alma en la embriaguez, la lujuria y la sangre? ¿Quién podrá pintar esos espectáculos odiosos de crueldad en los que se mataban millares de gladiadores, ó donde los prisioneros y los mártires eran devorados por las bestias feroces, para divertir al pueblo bajo, no menos que á la sociedad mas refinada? Todos los espíritus se habian envilecido, y todo sentimiento moral se habia apagado. Desconociendo el hombre su dignidad, no respetaba ni su propia vida. El suicidio era tenido como un acto indiferente. Cuando un esclavo tenia la desgracia de ser torpe, era arrojado, sin piedad y sin remordimiento, por su dueño á los pescados. Veíase frecuentemente, que millares de personas eran degolladas, por simples sospechas, por orden del emperador, y que los parientes de las víctimas se apresuraban luego á ir á besar las manos de aquel. El envilecimiento corria parejas con la crueldad. No eran menores los otros vicios. El lujo de los edificios, de los festines, de los vestidos y de las fiestas era fuera de todo límite, y agotaba los tesoros del Estado y las fortunas de las familias. Por con-

1 De Benefic., 1, 3.

secuencia natural, el amor á las riquezas, fuente de todos los placeres, inflamaba los corazones arrastrándolos al crimen. "Mientras conserve mi espada, decia Caracalla, no me faltará la plata." Se fraguó dar caza á los testamentos; esto es, el veneno andaba á la competencia. Para procurarse riquezas no se retrocedia ante el fraude, la injusticia, el perjurio, la opresion, la violencia, el asesinato, ni ante ningun medio. Esa sociedad embrutecida no conocia mas que una necesidad, el placer; y voluntariamente soportaba la mas odiosa de las tiranías, con tal que se le arrojase un pedazo de pan en las plazas públicas y se apagase su sed con la sangre de los anfiteatros. *¡Panem et circenses!* He aquí su voto, su vida y su última esperanza. ¡Qué sentidas son las palabras con que San Pablo reseña compendiosamente la situacion del mundo antiguo! "Como los hombres, dice, habian colocado la mentira en lugar de la verdad, dando culto, y sirviendo á las criaturas en lugar de adorar al Criador, por eso Dios los entregó á las pasiones infames, pues sus mismas mujeres invirtieron el uso natural en el que es contrario á la naturaleza: del mismo modo los varones se abrasaron en amores brutales, recibiendo en sí mismos la paga merecida de su obcecacion. Pues como no quisieron reconocer á Dios, Dios los entregó á un réprobo sentido, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de perversidad: llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes á sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, desleales y desapiadados: los cuales en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver, que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte eterna; y no solo los que las hacen sino tambien los que las aprueban."¹

Tal era el estado de los corazones sobre los cuales la cruz, seguida del espíritu de abnegacion y sacrificio, pretendia es-

¹ Epíst. á los Romanos, cap. 1.

tablecer su imperio. Cuando se conoce cuál es la fuerza de las cadenas del vicio, y el poder de las preocupaciones inspiradas por la educacion, la nacionalidad, la religion; cuando se sabe cuán insuperable es la tiranía de una prolongada habitud, se comprende fácilmente toda la resistensia que debieron encontrar los apóstoles en la voluntad del hombre, acostumbrada desde tan largo tiempo á seguir sus perversas inclinaciones, y cuando en medio de esa corrupcion universal, hacian oír á los hombres unas palabras hasta entonces desconocidas: "Haced que muera en vuestros miembros el hombre terrestre que vive en vosotros, la fornicacion, la impureza, las pasiones deshonestas, los malos deseos y la avaricia, que es una idolatría: renunciad de la cólera, de la aspereza, de la malicia, de la maledicencia: que se destierren las palabras deshonestas de vuestra boca. Despojaos del hombre viejo y de sus obras, y revestios del hombre nuevo, que por el conocimiento de la verdad, se renueva segun la imágen del que la creó. Portaos como los elegidos de Dios, santos y amados, con el corazon lleno de misericordia, de bondad, de humildad, de modestia, de paciencia, de paz y de caridad. Desprendeos de la tierra, y no pongais vuestra aficion sino en las cosas del cielo."¹ "¿Qué es esto, y qué significa? decian murmurando los primeros que oyeron ese lenguaje; esas gentes están ébrias."² Cuando el gobernador Félix oyó á San Pablo hablar de la justicia, de la castidad y del juicio final, desparovido le dijo al apóstol: "Basta por ahora, retírate; que á su tiempo te llamaré." Festo trató al apóstol de insensato, y el ilustre areópago interrumpiendo su palabra le despidió diciéndole: "En otra ocasion os oiremos hablar de esas cosas."³

Tan mal acogida en nada desconcertaba á los apóstoles, y continuaban predicando la doctrina de su Maestro. Prohibióseles entonces predicar en nombre de Jesus; pero respondie-

¹ Epíst. á los Colossenses.

² Hechos de los apóstoles, cap. 1º.

³ Hechos de los apóstoles, capítulos 17, 24 y 26.

ron con resolucion, que antes que á los hombres obedecian á Dios. Se les amenaza, se les persigue y se les entrega á la muerte; pero nada detiene el fervor del celo que les anima. Sobre esos hombres, ya la cruz habia alcanzado la victoria contra la fuerza sensual; pero esa victoria debia estenderse por el universo y los apóstoles deseaban consumarla. Su valor al anunciar la palabra de la vida no reconocia obstáculos, y se presentan ante los hombres, oportuna é inoportunamente, suplicándoles, amenazándoles, reprendiéndoles, sin dejar jamas de instruirles y de tolerarles. Mientras que los apóstoles se consumian en esfuerzos por hacer penetrar su doctrina en los corazones, un sinnúmero de enemigos invisibles, una armada de devoradoras concupiscencias, de exaltados deseos, y de furiosas pasiones se levantan contra esa doctrina en el fondo de los corazones, vedándola la entrada. ¡Cuántas luchas, y cuántos combates debian de sucederse para llegar á dominar una posicion tan resguardada; para plantar en lugar del árbol maldito, que plantó Satanás, y cuyo árbol hacia cuarenta siglos que echaba raices, el árbol bendito del Calvario!

Han creido muchos que los apóstoles no tuvieron que hacer otra cosa que derrumbar unos ídolos de madera vacilantes sobre su basa, ó sistemas filosóficos carcomidos por las divisiones y contradicciones; pero acerca de esto, ninguno se engañe. Los apóstoles debian destruir los ídolos de carne, los cuales no se podian tocar sin herirlos en lo mas vivo; sin combatir los instintos apasionados, padres de la idolatría, y que apoyados en las creencias desvergonzadas, debian oponer una resistencia impetuosa y enérgica. Acaso no hubiera costado mucho el hacer renegar á los paganos de Júpiter ó de Epicuro; pero ¿cómo hacerlos decidir á sacrificar todo lo que aquellos nombres representaban, y principalmente la libertad licenciosa del espíritu y de las costumbres, consagrada por la autoridad de la religion y los argumentos de la filosofía? Convertirse al cristianismo, no era simplemente

abjurar un dios para elegir otro, era aun más, abjurar la independencia de la libertad personal, y someterse á una potestad superior y absoluta, que prescribia los mas rudos sacrificios. Al renunciar la fé pagana, el nuevo cristiano renunciaba la fé de su pais, de su familia y de sus amigos, á quienes causaba una afliccion; el nuevo cristiano consentia en cambiar la antigua gloria de su patria y la consideracion de sus conciudadanos, por la ignominia de una secta judaica, no conocida aún, despreciada, calumniada y reputada como un hacinamiento de gentes miserables y desconocidas; se comprometia á practicar las virtudes mas severas, y se entregaba á todo género de vejaciones y de ultrajes y á todos los tormentos del fuego y del fierro de la persecucion.

Cuando sin estos obstáculos, y antes al contrario, sostenidas por anteriores principios, fatigadas por el aguijon de su conciencia, vemos en nuestros dias que pocas almas tienen la generosa resolucion de romper sus cadenas, cuando las bocas elocuentes las estimulan á entrar al camino de la salud; cuando vemos que la mayor parte de los hombres continúan corrompiéndose en el triste estado adonde los condujo la fuerza del hábito, sin embargo de que el yugo de sus pasiones se les hace insoportable, y á pesar de que, lo que es mas extraño todavía, conocen perfectamente que con sus vicios esponen el honor de su familia y su propia felicidad, y que pierden á un mismo tiempo honor, fortuna y vida; cuando se sabe todo esto por esperiencia, es cuando se conoce que era humanamente imposible hacer salir al mundo antiguo del abismo en que estaba hundido desde tan largo tiempo.

Puede ser que el espíritu se deje ilustrar, abandonando el sofisma, cuando ningún interés le arrastra y le fascina; pero si las pasiones se ponen en juego, entonces hay mayor dificultad en conquistar un solo hombre, que el universo entero. Nada, en verdad, es mas difícil de conquistar que la fuerza sensual. Dueña hasta de las últimas fibras del corazón humano, sin cesar lo escita y lo combate con el aguijon punzante

del placer ó del dolor. Si ante la fuerza de una razon superior, vese la fuerza sensual obligada á ceder un instante, bien pronto, sofocando la voz de su enemigo, quedando sola sobre el campo de batalla, no dilata en reconquistar el terreno que habia perdido. Con todo eso, esa fuerza no puede resistir á la accion divina de la cruz. Los apóstoles la persiguen de muerte, la atacan de frente, la alcanzan por todas partes y no la conceden ninguna tregua. Ellos, es verdad, que provocaban las cóleras terribles y desesperadas de los hombres, y ponian en movimiento á todas las legiones infernales, arrojadas de su antiguo imperio; pero Dios combatia por ellos; la victoria era segura. No bien hicieron oír los apóstoles la palabra de la vida, cuando bajo la influencia del espíritu regenerador, palpita el mundo y recobra fuerzas para quebrantar sus cadenas; y al instante sale de su boca un grito de accion de gracias: "¡Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos separó del poder de las tinieblas, trasladándonos al reino de su Hijo muy amado! Alabado sea; porque los que eran esclavos del pecado, se han sometido por su voluntad á la doctrina del Evangelio, por el cual se han libertado del mal haciéndose esclavos de la justicia." ¹

La cruz caminaba triunfante por todas partes, y á sus pasos surgía una multitud de creyentes, que no tenian sino un solo corazon y una sola alma, y que resistian generosamente á la seducción del placer. Para detener ese movimiento de regeneracion, la fuerza sensual puso en accion todos los dolores interiores y exteriores, armándose á la vez de toda clase de seducciones esternas y de tentaciones internas. La naturaleza corrompida se sublevó contra el yugo que se la queria imponer, y sus esfuerzos fueron poderosamente secundados por las violencias de las persecuciones. Empero todo fué inútil; y veíase al contrario multiplicarse el número de los cristianos en una progresion milagrosa. Entonces la fuerza sensual cambia de táctica, y haciéndose dulce y benigna, es-

¹ Epíst. á los Romanos, cap. 6.

pera vencer con sus halagos á los que en los tormentos eran invencibles. "Renunciad, decia por la boca de los perseguidores; renunciad esa moral austera de un Dios cruel, enemigo de los placeres, y obedeced las órdenes del emperador, y seréis colmados de riquezas y de honores." El discípulo de la cruz preferia la muerte. Cuando la fuerza sensual se veia impotente para luchar contra unas voluntades que tanto resistian á los atractivos del placer como á los dolores, quiso por fuerza hacerles beber el veneno de la voluptuosidad; inventando un suplicio hasta entonces desconocido. Se condenaba á las vírgenes cristianas á sufrir el martirio de su pudor mil veces mas terrible para ellas, que los mas crueles suplicios; y encerrábanse á las jóvenes en los lugares de los placeres para que fueran tentadas por las cortesanas. La virtud llegó á un punto desesperado; y una joven mártir de que habla San Gerónimo, viéndose con los miembros encadenados, privada de todo medio de defensa, vióse reducida para hacer retroceder al infame que queria prostituirla, á arrancarse la lengua con sus propios dientes, arrogándose la á la cara.

No menos astuta la fuerza sensual, que su aliada, la sofista, desconcertada la una por la resistencia que encontraba por la primera vez, no duda imitar á la otra en hipocresía; y como ella, despues de haber agotado sus esfuerzos y sus astucias, concibiendo una última estratagema, toma la máscara de la fé cristiana, y á merced del disfraz se introduce en el campo enemigo para causarle estragos. Numerosos herejes aparecieron en aquel tiempo, que interpretando á su placer los textos evangélicos, los desnaturalizaban con el fin de que sirvieran para justificar sus desórdenes. En muchos puntos diferian los herejes; pero casi todos convenian en decir, que toda clase de impurezas eran permitidas; y en sus reuniones, en efecto, cometian tales abominaciones, que apenas puede creerse aun el relato que sobre este punto hacen los escritores de la Iglesia. Los herejes se decian cristianos, y por cristianos pasaban en el juicio comun, y era de temerse